

## ¿QUIERES VER UNA COSA?

Estaba en la cama cuando oí el cerrojo de la verja. Escuché con atención. No oí nada más. Pero había oído el cerrojo. Intenté despertar a Cliff, pero estaba como un leño. Así que me levanté y fui hasta la ventana. Había una gran luna sobre las montañas que rodeaban la ciudad. Era una luna blanca y cubierta de cicatrices; al verla resultaba fácil imaginar una cara: órbitas, nariz, incluso labios. La luminosidad era suficiente para que pudiera ver bastante bien el jardín trasero: las sillas de jardín, el sauce, las cuerdas del tendedero entre los postes, mis petunias, la valla que rodeaba el jardín, la verja abierta.

Pero nadie se movía allí fuera. No había sombras oscuras. La luz de la luna lo bañaba todo, y llamaban mi atención las cosas más pequeñas. Las pinzas en hileras ordenadas en las cuerdas de tender la ropa, por ejemplo. Y las dos sillas vacías. Puse las manos en el cristal frío, tapando la luna, y seguí mirando un poco más. Con el oído atento. Luego volví a la cama. Pero no podía dormir. Daba vueltas y más vueltas. Pensaba en la verja abierta de par en par, como una invitación. La respiración de Cliff era irregular. Tenía la boca abierta, y los brazos pegados al pecho desnu-

do y pálido. Ocupaba su lado de la cama y la mayor parte del mío. Lo empujé una y otra vez para apartarlo, pero lo único que hizo fue emitir un ruido quejumbroso. Seguí en la cama un rato más, hasta que finalmente decidí que no tenía ningún sentido. Me levanté y me puse las zapatillas. Fui a la cocina y me hice una taza de té y me senté con ella en la mesa. Me fumé uno de los cigarrillos sin filtro de Cliff. Era tarde. No quería mirar qué hora era. Tendría que levantarme para ir a trabajar dentro de unas horas. Cliff también tenía que levantarse, pero llevaba durmiendo varias horas y estaría perfectamente cuando sonara el despertador. Puede que tuviera dolor de cabeza, pero se tomaría varias tazas de café y se pasaría un montón de tiempo en el cuarto de baño. Y con cuatro aspirinas estaría como nuevo. Tomé el té y me fumé otro cigarrillo. Al cabo de un rato decidí salir a cerrar la verja. Así que me puse la bata. Luego fui a la puerta de atrás, y miré el cielo y vi las estrellas. Pero fue la luna la que me llamó la atención: lo iluminaba todo: casas y árboles, postes de electricidad y de teléfono, el barrio entero. Escruté con la mirada el jardín antes de bajar del porche. Me llegó una ligera brisa, y me cerré la bata. Eché a andar hacia la verja abierta.

Oí un ruido en la valla que separaba nuestra casa de la de Sam Lawton. Miré rápidamente hacia ella. Sam tenía los brazos apoyados sobre la valla, y me miraba. Alzó un puño hacia la boca y emitió una tos seca.

—Buenas noches, Nancy —dijo.

Dije:

—Me has asustado, Sam. ¿Qué haces levantado? ¿Has oído algo? Yo he oído cómo se abría la verja.

—Yo llevo un rato aquí fuera, pero no he oído nada —dijo—. Y tampoco he visto nada. Habrá sido el viento. Sí, eso es. Pero si estaba cerrada no debería haberse abierto.

Estaba masticando algo. Miró la verja abierta, y luego me miró mí y se encogió de hombros. Su pelo, en punta, tenía una tonalidad plateada a la luz de la luna. Había tanta claridad que podía ver su nariz larga, e incluso las hondas arrugas de su cara.

Dije:

—¿Qué haces levantado, Sam? —Me acerqué a la valla.

—Cazando —dijo—. Estoy cazando. ¿Quieres ver una cosa? Ven aquí, Nancy, y te enseñaré algo.

—Voy a dar la vuelta —dije, y empecé a rodear el muro de mi casa en dirección a la verja delantera. Salí y bajé por la acera. Me sentía extraña andando fuera de casa en camisón y bata. Pensé que debía recordarlo después —cómo había andado en camisón por la calle—. Vi a Sam de pie cerca de la pared de su casa, en bata, con los bajos de las perneras del pijama justo encima de los zapatos Oxford marrones y blancos. Llevaba una linterna grande en una mano y una lata de algo en la otra. Me hizo una seña con el haz de luz. Abrí la verja.

Sam y Cliff habían sido amigos. Pero una noche estuvieron bebiendo y discutieron. Y acto seguido Sam levantó una valla entre las dos casas. Y Cliff decidió levantar la suya propia. Fue no mucho después de que Sam perdiera a Millie, se casara otra vez y volviera a ser padre. Todo en poco más de un año. Millie, la primera mujer de Sam, había sido buena amiga mía hasta su muerte. Cuando murió de un paro cardíaco sólo tenía cuarenta y cinco años. Al parecer le sobrevino justo cuando enfilaba el camino de entrada de su casa. Se desplomó sobre el volante, y el coche siguió andando hasta chocar contra el fondo del garaje abierto. Cuando Sam salió corriendo de casa se la encontró muerta en el coche. A veces, por la noche, oíamos una especie de alarido ahogado que venía de su casa. Cliff y yo

nos mirábamos, y no éramos capaces de decir ni una palabra. Yo sentía un escalofrío. Cliff se servía otra copa.

Sam y Millie tenían una hija que se había marchado de casa a los dieciséis años y se había ido a San Francisco para hacerse hippy. De vez en cuando, año tras año, mandaba una postal. Pero jamás volvió a casa. Cuando murió Millie Sam intentó localizarla, pero no lo logró. Se echaba a llorar y decía que había perdido primero a la hija y luego a la madre. Millie fue enterrada, y Sam aullaba, y al poco —no sabría precisar cuándo— empezó a salir con Laurie, una maestra que se ganaba un dinero extra ayudando a hacer declaraciones de la renta. Fue un breve cortejo. Los dos estaban solos, y necesitados. Así que se casaron, y tuvieron un hijo. Pero aquí viene lo triste. El bebé era albino. Lo vi unos días después de que lo trajeran a casa después del parto. Era albino, no había la menor duda al respecto. De la cabeza a los dedos de los pies. Sus ojos, alrededor del iris, tenían un tinte rosado en lugar de blanco, y su pelo era tan blanco como el de un anciano. Su cabeza, además, era enorme. Pero no es que yo haya visto muchos bebés en mi vida, así que quizá fueran imaginaciones mías. La primera vez que lo vi, Laurie estaba de pie al otro lado de la cuna, con los brazos cruzados. La piel del dorso de las manos la tenía agrietada, y los labios le temblaban por la ansiedad. Sé que tenía miedo de que mirara la cuna y me quedara boquiabierta o algo parecido. Pero yo estaba preparada. Cliff me había puesto al corriente de todo. En cualquier caso, suelo ser muy buena en lo que se refiere a esconder lo que siento realmente. Así que alargué la mano y toqué las dos mejillitas blancas del bebé, y traté de sonreír. Dije su nombre. Dije: «Sammy.» Pero al decirlo por poco me echo a llorar. Estaba preparada, pero aun así no me sentía capaz de sostener durante mucho tiempo la mirada de Laurie. Ella siguió

allí, esperando, mientras yo daba las gracias en silencio por que aquel recién nacido fuera suyo y no mío. No, no quería un bebé como aquél de ninguna de las maneras. Me pareció maravilloso que Cliff y yo hubiéramos decidido hacía tanto tiempo no tener hijos. Según Cliff –al que no le gusta juzgar a nadie–, la personalidad de Sam cambió después del nacimiento del niño. Se volvió impaciente e irascible («enfadado con el mundo», en palabras de Cliff). Después vino la disputa entre ellos, y Sam construyó la valla. No nos habíamos hablado en mucho tiempo, ninguno de los cuatro.

–Mira esto –dijo Sam, tirándose de las perneras del pijama y poniéndose en cuclillas.

Dirigió la luz de la linterna a un punto junto a la valla, con los faldones de la bata sobre las rodillas. Miré y vi unas gruesas babosas blancas que se retorcían en la tierra.

–Acabo de darles una dosis de esto –dijo Sam, levantando una lata de algo que parecía Ajax y en cuya etiqueta se veía una calavera y dos tibias cruzadas–. Las babosas se están adueñando de todo –dijo, sin dejar de mascar lo que tenía en la boca. Volvió la cabeza hacia un lado y escupió, quizá tabaco–. Tengo que hacer esto casi todas las noches si quiero mantenerlas un poco a raya. –Enfocó con la linterna un tarro de cristal casi lleno de babosas–. Por la noche les pongo cebo, y en cuanto tengo un momento salgo al jardín con esto para seguir exterminándolas. Las muy hijas de perra están por todas partes. También en tu jardín, te apuesto lo que quieras. Si las hay en el mío, las hay en el tuyo. Lo que hacen en los jardines es un verdadero crimen. Y a las flores. Ven a verlo –dijo. Se puso en pie. Me cogió de la mano y me llevó hasta unos rosales. Me mostró los pequeños agujeros en las hojas–. Babosas –dijo–. Mires donde mires por la noche, babosas. Les pongo cebo y luego salgo

y atrapo a las que no se han comido el pequeño banquete que les he dejado –dijo–. Un invento horroroso, la babosa. Pero las meto en ese tarro, y cuando lo tengo lleno y ellas están bien maduras, las echo encima de las rosas. Son un buen fertilizante. –Fue iluminando despacio, de un lado a otro, el rosal. Al cabo de unos segundos, dijo–: Qué vida, ¿eh? –Sacudió la cabeza.

Pasó un avión. Alcé la mirada y vi sus luces parpadeantes, y tras las luces, clara en el cielo de la noche, vi la larga estela blanca del escape. Imaginé a la gente sentada cada cual en su asiento, con el cinturón abrochado, leyendo o simplemente mirando por la ventanilla.

Me volví hacia Sam. Dije:

–¿Cómo están Laurie y el pequeño Sam?

–Están bien. Ya sabes –dijo, y se encogió de hombros. Seguía mascando lo que estuviera mascando–. Laurie es una buena mujer. De lo mejor. Es una buena mujer –repetió–. No sé qué sería de mí si no la tuviera a ella. Creo que si no fuera por ella, lo que querría es estar con Millie, donde ella está. Dondequiera que sea. Supongo que eso es ninguna parte, que yo sepa. Ésa es mi idea al respecto. Ninguna parte –dijo–. La muerte es ninguna parte, Nancy. Puedes usar esta cita mía, si quieres. –Escupió otra vez–. Sammy está enfermo. Coge esos catarros, ya sabes. Y le cuesta mucho quitárselos. Laurie volverá a llevarlo al médico mañana. ¿Cómo estáis vosotros? ¿Cómo está Clifford?

Dije:

–Está bien. Como siempre. El mismo Cliff. –No sabía qué más decir. Miré de nuevo el rosal–. Ahora está durmiendo –dije.

–A veces, cuando estoy aquí fuera persiguiendo a estas malditas babosas, miro por encima de la valla hacia vuestra casa –dijo–. Una vez... –se interrumpió, y se echó a reír sin

ruido—. Discúlpame, Nancy, pero es que ahora me parece divertido. Una vez miré por encima de la valla y vi a Cliff en vuestro jardín trasero, meando sobre esas petunias. Empecé a decir algo, a hacer una pequeña broma, pero acabé callándome. Me dio la sensación de que había estado bebiendo, así que no sabía cómo iba a tomárselo; si decía algo, me refiero. Él no me vio a mí. Así que seguí callado. Siento mucho que Cliff y yo tuviéramos aquel rifirrafe —dijo.

Asentí con la cabeza, despacio.

—Creo que él también lo siente, Sam. —Luego, un minuto después, dije—: Eras amigos.

Pero la imagen de Cliff de pie con la cremallera bajada delante de las petunias no se me iba de la cabeza. Cerré los ojos y traté de librarme de ella.

—Es cierto, éramos buenos amigos —dijo Sam. Y prosiguió—: Salgo aquí por la noche, cuando Laurie y el niño se duermen. Así tengo algo en lo que ocuparme. Vosotros estáis dormidos. Todo el mundo está dormido. Yo ya no duermo bien. Y lo que estoy haciendo sirve para algo, creo. Mira allí —dijo, y aspiró el aire con fuerza—. Allí hay una. ¿La ves? Justo allí, donde estoy enfocando con la linterna. —Había dirigido el foco hacia la tierra al pie del rosal. Y vi a la babosa moviéndose—. Mira esto —dijo Sam.

Me crucé los brazos por debajo de los pechos y me agaché hasta el sitio que Sam estaba iluminando. La babosa dejó de moverse, y meneó la cabeza ciega de un lado a otro. Acto seguido Sam estaba sobre ella con la lata, y espolvoreó parte de su contenido encima de ella —una, dos, tres veces.

—Malditos bichos viscosos —dijo—. Dios, los odio.

La babosa empezó a encogerse y a retorcerse. Luego se curvó, y luego se estiró. Volvió a encogerse y se quedó quieta. Sam cogió una pala de juguete, y recogió con ella la

babosa. Sostuvo el tarro alejado del cuerpo, desenroscó la tapa y dejó caer la babosa en su interior. Enroscó la tapa y dejó el tarro en el suelo.

–Dejé de beber –dijo–. No lo dejé exactamente, pero eché el freno. Tuve que hacerlo. Durante un tiempo la cosa llegó a tal punto que no sabía ni dónde tenía la mano derecha. Seguimos teniendo alcohol en casa, pero yo apenas lo pruebo.

Asentí con la cabeza. Me miró, y se quedó mirándome fijamente. Me dio la sensación de que esperaba que dijera algo. Pero no dije nada. ¿Qué podía decir? Nada.

–Será mejor que vuelva a casa –dije.

–Sí, claro –dijo–. Bien, seguiré un rato con lo que estaba haciendo, y luego entraré en casa yo también.

Dije:

–Buenas noches, Sam.

–Buenas noches, Nancy –dijo–. Escucha. –Dejó de mascar, y empujó con la lengua lo que tenía debajo del labio inferior, fuera lo que fuese–. Dile a Cliff que le mando un saludo.

Dije:

–Lo haré. Le diré que le mandas un saludo, Sam.

Asintió con la cabeza. Se pasó la mano por entre el pelo plateado, como decidido a aplanárselo de una vez por todas.

–Buenas noches, Nancy.

Volví a la parte delantera de las casas y recorrí el trecho de acera. Me detuve un momento con la mano en la verja y miré a mi alrededor el barrio silencioso y quieto. No sé por qué, pero de pronto me sentí muy lejos de todas las personas que había conocido y amado cuando era una jovencita. Echaba de menos a cierta gente. Por espacio de unos instantes seguí allí de pie, y deseé poder volver a aquel



tiempo. Pero mi pensamiento siguiente me hizo comprender con claridad que tal cosa era imposible. No. Pero me daba cuenta de que mi vida no se parecía ni remotamente a la vida que pensaba entonces que llevaría de adulta. Entonces anhelaba cosas para mi vida futura. Ahora no lograba recordar lo que quería para mi vida en aquel tiempo, pero hacía planes como todo el mundo. Cliff era alguien que también tenía planes para el futuro, y así fue como nos conocimos y ésta es la razón por la que hemos seguido juntos.

Entré en casa, y apagué todas las luces. Una vez en el dormitorio, me quité la bata, la doblé y la dejé al alcance de la mano para poder cogerla cuando sonara el despertador. Sin mirar la hora, volví a cerciorarme de que el pulsador del despertador estaba subido. Y me metí en la cama. Me tapé con las mantas y cerré los ojos. Cliff empezó a roncar. Le di unos codazos, pero no sirvió de nada. Siguió roncando, y escuché sus ronquidos. Entonces me acordé de que no había echado el cerrojo de la verja. Al final abrí los ojos y me quedé allí tendida, dejando que mis ojos fueran de una cosa a otra del dormitorio. Al cabo de un rato me di la vuelta sobre un costado y puse un brazo sobre la cintura de Cliff. Le di una pequeña sacudida. Dejó de roncar durante unos segundos. Se aclaró la garganta. Tragó. Algo se le atravesó en el pecho, y vibró. Suspiró pesadamente, y volvió a roncar con ruido.

Dije:

—Cliff. —Y lo sacudí de nuevo, con fuerza—. Cliff, escúchame.

Gimió. Lo recorrió un estremecimiento. Durante un momento me pareció que había dejado de respirar, que estaba en el fondo de algo. Sin que nadie se lo ordenara, mis dedos se hundieron en la carne blanda de encima de una de

sus caderas. Contuve la respiración, a la espera de que él reanudase la suya. Transcurrieron unos segundos, y al cabo volvió a respirar honda y pausadamente. Subí la mano hasta su pecho, y la dejé allí, con los dedos extendidos, y empecé a darle golpecitos, como pensando qué hacer a continuación.

—¿Cliff? —volví a decir—. Cliff.

Le puse la mano en la garganta. Le busqué el pulso. Luego ahuequé la mano y le cogí el mentón con barba de un día y sentí su cálido aliento sesgado en el dorso. Le miré la cara detenidamente y empecé a seguir sus facciones con las yemas de los dedos. Le toqué los párpados cerrados. Le acaricié las arrugas de la frente.

Dije:

—Cliff, escúchame, cariño.

Empecé a decirle todo lo que iba a decirle diciéndole que lo amaba. Le dije que siempre lo había amado y siempre lo amaría. Eran cosas que había que decir antes de decir las otras. Y empecé a hablar. Poco importaba que él estuviera en otro lugar y no pudiera oír nada de lo que le estaba diciendo. Además, a media frase, se me ocurrió que Cliff sabía ya todo lo que le estaba diciendo, e incluso quizá mejor que yo, y que lo sabía desde hacía mucho tiempo. Cuando pensé en esto, dejé de hablar durante un par de minutos, y lo miré con un interés nuevo. Sin embargo, quería terminar lo que había empezado. Y seguí diciéndole, sin rencor o encono de ningún tipo, todo lo que tenía en la cabeza. Acabé diciéndoselo todo, lo peor y lo terminal, que sentía que no íbamos a ninguna parte, y que ya era hora de admitirlo, por mucho que quizá no hubiera ninguna manera de remediarlo.

Sólo montones de palabras, podría pensarse. Pero me sentí mejor después de haberlas dicho. Y me sequé las lágrimas.

mas en las mejillas y volví a tenderme boca arriba. La respiración de Cliff parecía ahora normal, aunque ruidosa hasta el punto de que me impedía oír la mía. Pensé unos instantes en el mundo de fuera de mi casa, y luego ya no tuve más pensamientos salvo el de que tal vez debería dormir un poco.